

FILMS SELECCIONADOS

30
Cts.



La estrella de la voz de platino, Jeanette Mac Donald, protagonista con Maurice Chevalier de la película Paramount «Una hora contigo».

AÑO III N.º 59
25 de Junio de 1932

Exija con este número el
SUPLEMENTO ARTÍSTICO



Una escena de «Manos culpables», magnífica producción de W. J. Van Dyke en la que el célebre director de «Sombras blancas» y «Trader Horn», maneja la intriga y el misterio a puerta cerrada, con idéntica soltura que los amplios horizontes del desierto. Lionel Barrymore, Kay Francis y Madge Evans han realizado en este film las más geniales creaciones de su vida artística.



Retrato especial para FILMS SELECTOS de la bellissima artista Billie Dove

FILMS SELECTOS
SUPLEMENTO
MULTI-FOTOGRAFICO

DIVAGACIONES CINESCAS

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
Director
Tomás G. Larreya

REDACCION
ADMINISTRACION
Diputación 239 Tel. 33022
BARCELONA

DELEGACION EN
MADRID: LARRERA
EL FOGARY Y LA MODA
Calle Alvarado, 20 y 21

PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Tres meses. 375
Siete meses. 750
Un año. 1.125

América y Portugal
Tres meses. 475
Siete meses. 950
Un año. 1.425

CADA
SÁBADO

NÚMERO SUELO
30
CÉNTIMOS

PROPAGANDA QUE ABRUMA

Dijimos ayer que una de las causas que podían hacer triunfar o fracasar una película es la misma propaganda que de ella se haga, y hoy podemos añadir que por ese medio se llega a aquellos resultados con independencia absoluta del valor objetivo de la cinta. Así, una película mediocre, con el auxilio de una intensa propaganda, puede llegar a mantenerse una temporada en el cartel, y una película de cualidades suficientes para triunfar por sí sola llega lastimosamente a fracasar por efecto de una propaganda exagerada.

No cabe duda de que los reclamos publicitarios ejercen todavía una influencia considerable en el ánimo del público. A pesar del abuso que de ellos se ha hecho, hay mucha gente todavía que cree que los adjetivos rimbombantes y las frases ditirámicas corresponden con ajuste matemático al valor de la película. Gente así la hay en todas partes, y esa es la que, por intervención de la taquilla, da el dinero para aguantar la proyección de películas que, halagando los sentimientos o los gustos del populacho, deshonran la dignidad artística del cinematógrafo, y esa misma es la que sale descontenta de las películas que se desenvuelven en la atmósfera pura del séptimo arte.

No queremos con esto impugnar la acción de la propaganda como medio de dar a conocer al público lo que tal vez nunca conocería. Convertida ya la propaganda en verdadera entelequia por evolución de nuestros días, comprendemos que se ha hecho más fuerte que nosotros y necesitamos de ella para vivir lo superfluo, y aun lo substancial, de la vida. Pero también queremos decir que no se ha de tener el anuncio como el único y verdadero exponente del valor de las cintas, porque existen otros de mucha mayor garantía.

La propaganda quisiera mantenernos en una constante excitación nerviosa para que todos y cada uno de nosotros acudiésemos a ver todas y cada una de las películas que se proyectan. La pretensión — se dirá — es muy justa y humana y nada tiene de impugnable. Cierto. Pero entonces admitanse también las quiebras que necesariamente se siguen de esa justa y humana pretensión. El abuso de los excitantes enardece un momento y deprime después, o atrofiando la capacidad sensible o acrecentando más aún el deseo. Así, una persistencia publicitaria de los que cautivan la atención del público y excitan el deseo de ver, entraña el peligro de una de dos quiebras: la de de-

jurnos estúpidamente enervados, o la de volvernos exigentes hasta lo indecible.

Por eso, quisiéramos desahogarnos un poco contra esa balumba de publicidad cinematográfica sin tasa ni discreción que nos abruma por todas partes a donde volvemos la vista. Nos abruma la cuenta obsesionante de los días y semanas de proyección, como si se quisiera dar a entender que, cuando la cuenta no alcanza a la segunda semana, es que la cinta carece hasta de valor extrínseco para mantenerla decorosamente unos días en el cartel: «Segunda semana», «Tercera...», «cuarta...», «quinta semana de éxito», «Proyección 345», «Mil representaciones seguidas en el Salón Cinema de París»...

Nos abruman los anuncios redactados con un incomprensible barroquismo de forma y de concepto que críspa los nervios: «Vea estreno hoy en sorprendente Salón Cinema»; «Nancy Smith con *Tormentos de amor* en John Glavis y Mary Fraín Salón Cinema»; «Hoy y todos los días en Exclusivas Iberia. ¡Un film inolvidable! Salón Cinema Superproducción H. I. J. K.»...

Nos abruman los títulos estridentes y capciosos con que se pretende subyugar la atención del pobre lector: «Éxito sorprendente», «Triunfo definitivo de la estrella Mengañita», «La mejor actuación del año de Fulanita de Tal», «Nada equiparable a esta genial creación del cinematógrafo», «El drama más profundamente humano que se ha llevado a la pantalla hasta nuestros días»...

Todo esto nos pesa, nos abruma enormemente, nos embota en el alma la agudeza de la sensibilidad. Quisiéramos que ante lo bueno la propaganda nos excitase la curiosidad y nos acosase hasta rendirnos y llevarnos irresistiblemente al cine; pero también quisiéramos que ante lo vulgar y mediocre fuese un poco más discreta en hablar, y ante lo vergonzosamente malo se abstuyese de cualquier ponderación, que siempre ha de resultar extemporánea y contraproducente.

¿Que es mucho pedir? Tal vez; pero si dice el adagio que en el tomar no hay engaño, nosotros decimos que en el pedir tampoco lo hay, y así pedimos lo que reclama nuestra sensibilidad de espectadores de buena fe.

De no ser así, ante los grandes ofrecimientos con que la propaganda nos excita el interés, nuestro mismo interés excitado reclamará las grandes realidades de esos grandes ofrecimientos que se nos meten por los ojos.

LORENZO COMTE

Films Selectos sale los sábados

DE UNOS A OTROS

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las hacen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

640. — Un desconocido quedaría muy agradecido al lector o lectora que supiera la letra de la película *El príncipe pensador* y se sirviera mandársela por medio de esta sección. La letra que a mí me interesa es la que canta Roberto Rey cuando pasa en la góndola con Rosita Moreno.

641. — *Mister Frenado* desearía muchísimo poseer los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, de *Fitas Selectas*, que son los únicos que le faltan para tener completa la colección. ¿Hay algún lector que pueda y quiera servirme?

642. — Plin y Plin preguntan: ¿Podría alguna simpática lectora o amable lector de esta revista decirnos las películas en que han tomado parte Elena y Elisabet Keating (*The Keating Sisters*)? ¿En qué año nacieron? ¿Siguen formando parte del elenco de la Fox Film?

Los mismos solicitan correspondencia con señoritas de esta sección por medio de la cual puedan enviarnos sus señas. Las nuestras son J. Córdoba y P. H. y Ferrer, Valla, 1, prel., Izq., Sevilla.

643. — Desearía saber la biografía de Julio Peña y al propio tiempo tener correspondencia

Para enriquecer la sangre, aumentar el apetito y fortificar el sistema nervioso, es un medicamento ideal el Jarabe HIPOFOSFITOS SALUD.

con jóvenes lectores aficionadas al séptimo arte y a los deportes. Mis señas: Rafael Caballero, Cid. 19, Albacete.

644. — Una rubia envejecida desearía la indicación cómo podría obtener una fotografía del inolvidable artista Hans Stuve, que interpretó *Canção gitana*, y a qué estudio pertenece, dónde nació, si es casado o soltero y en qué películas ha tomado parte.

645. — Una patita que no se comprende desearía la indicación si Juan Turana envía su fotografía y en caso afirmativa qué es necesario para conseguirla, dirección de este artista y biografía.

También desearía la indicación la dirección del jugador de foot-ball búlgaro Geroztiza (el Bala roja). Mis más sinceras gracias.

646. — *Dobronsky* saluda a los simpáticos lectores de esta revista y los agradecería muchísimo la contestación a las preguntas que se permite hacerles, y dada el gran conocimiento que tienen sobre el cine, no duda le contestarán ampliamente.

Des vampiristas frente a frente. ¿Marlene o Greta? *Dobronsky* se permite preguntar a cuantos cineastas colaboran en esta sección, lo que piensan sobre tema de tanta transcendencia. ¿Qué opinan sobre el cine soviético y sus directores?

¿Podrían decirme el reparto del último film de Greta, *Mala Har?*

CONTESTACIONES

♦ Tres contestaciones de Don Juan Diplomático:

706. — Para Paquetines: Gary Cooper nació el 7 de mayo de 1901, en un rancho de Helena (Montana); vivió con sus padres, Charles y Alice Cooper, hasta los doce años. A esa edad se trasladó a Iowa para completar su educación en el instituto de Grinnell. Cuando terminó sus estudios volvió a Helena para proponer a sus padres su viaje a California. Saló para Los Angeles con 200 dólares en el bolsillo y pronto encontró trabajo. Su alta estatura le valió un papel en *Fin del desierto*, con Vilma Banky y Ronald Colman. Después siguieron *Alta*, *Ella*, *Hijos del diablo*, *Camino de Arizona*, *Neveda*, *La legión de los condenados*, *El gran combate*, *Escucha por amor*, *El ángel pecador*, *El canto del lobo*, *Perfidia*, *El virgíneo*, *Sólo las valientes*, *Los arrojados*, *Beau sabreur*, *El último bandido*, *Siete días con Elena* y *Marcos*, que ha sido uno de sus mayores éxitos.

Hace poco se hablaba de su matrimonio con Lupe Vélez. Recibe correspondencia en Paramount Studios, Hollywood, y mandándole diez centavos envía su fotografía. Puede escribirme en español, si quiere, aunque él contesta en inglés.

707. — Para Nella, la que quiere volar... Sally O'Neil y Molly O'Dall son hermanas; se llaman, en realidad, Virginia Chloie Hooman, la primera, y Molly Chloie Hooman, la segunda. Han trabajado en algunas cintas juntas, como en *El buque de mis hermanas*, *Arriba el sol* y *Hermandad*.

Malcolm Mac Gregor nació el 13 de octubre de 1906, en Nueva York. Filmó, entre otras, *El prisionero de Zenda*, *La mujer vendida*, *Todas las hermanas fueron pelirrojas*, *Flor de cabaret* y otras. La última que filmó fue *Noches tropicales*. Actualmente está retirado del cine.

708. — Para El duque de la Gloria: Ivan Mosjoukine nació el 26 de septiembre de 1898, en Penza (Rusia). Debutó en el cine en 1923, en una película francesa de marca Albatros. Desde que filmó *Miguel Strogoff* su fama se extendió por todo el mundo; al conocer esta cinta, Carl Laemmle vino a Europa a contratarlo, pero él no aceptó y marchó a Alemania, donde trabajó algún tiempo. Está casado con Agnes Petersen. Ha trabajado en *Miguel Strogoff*, *Cosanova*, *Os conozo, mujeres*, *El presidente*, *Sombra que pasara*, *El capitán del zar*, *Rojo y negro*, *Maluco*, *Al servicio del zar*, *El diablo blanco* y muchas otras.

709. — Un arriero envía a Juan Luis la letra de la canción mexicana *La mujer*:

«¿Que de dónde, amiga, vengo? — De una casita que tengo — mas abajo del trigal; — una casita chiquita — para una mujer bonita — que me quiere acompañar. — Tiene en el frente unas parras — donde cantan las cigarras — y se hace polvito el sol; — un jardín hay en el frente; — en el jardín una fuente — y en la fuente un ranzal. — Hiedras la tienen cubierta — y un jazmín hay en la huerta — que las barbas ya cubrió; — en el portal una hamaña, — en el corral una vaca — y a dentro mi perro y yo. — Bajo un ramo que la tupe, — la Virgen de Guadalupe — está a la sala, al entrar; — ella me cuida si duermo, — me vela si estoy enfermo — y me ayuda a cosechar. — Mas adentro está la cama, — muy olorosa a retama, — limpietta como usted; — tengo también un armario, — un espejo y un canario — que en la feria me merqué. — Hace falta allí una cosa — muy chiquita y muy graciosa, — es más o menos como usted, — pa que le cante el canario, — eche topa en el armario — y aprenda lo que yo sé. — Si usted quiere, la convido — a que visite esta misa — que hay abajo, en el trigal; — echo la silla a Lucero, — y él me llevará ligero — hasta un medio del corral. — Y si la noche nos coge — y hay tormentas que nos moje, — tengo usted confianza en Dios, — que en casa chica y extraña — no nos faltará una maña — pa vivir allí los dos. — Y si la casa le gusta — y al año no se acorta — de la bendición de Dios, — en el lugar de delicias — reparta usted sus criaturas — a un chiquillo, al perro y yo.»

710. — De Un sortero para Wuché: Como la poesía que solicite de Rubén Darío no se ha publicado ni una sola vez en esta sección (seguramente que al hacer la demanda tenía el propósito de enviársela a *El Hogar y la Moda*, ¿verdad?), a continuación se la envío:

«¡Recordarás que querías ser una Margarita — Gaudier! Fijo en mi mente tu extraño rostro está, — cuando cenamos juntos en la primera cita, — en una noche alegre que nunca volverá. — Tus labios escarlates de púrpura maldita — arbolan el champaña del fino «barat»; — tus dedos desahojaban la blanca margarita, — «sí... no... sí... no...», y sobies que le adoraba ya. — Después, ¡oh flor de histeria!, llorabas y reías; — tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo; — tus risas, tus fragancias, tus quejidos eran mías. — Y en una tarde triste de los más dulces días — la Muerte, la colosa, por ver si me querías, — como a una margarita de amor te deshojó...»

♦ Tres contestaciones del Vizconde Danilo:

711. — Para Una estudiante pamplonica: Encantadora jovencita, desde este momento llevo en el Vizconde Danilo un ferviente admirador y se pone a su disposición para lo que guste mandar. Empezar por decirle que el protagonista compañero de Betty Haman, en *Asfalto* es Gustav Frölich, nacido en Alemania el 21 de marzo de 1903, siendo sus principales películas *Metrópolis*, *La cigarrá y la harpiga*, *El legionario*, *Asfalto*, *Los maestros cancheros de Nuremberg*, *Los once diablos*, *Retorno al hogar*, *Fracción*, *El inmortal vagabundo* y *Mi día de Miraco*.

712. — Para La sirena de las trópicos: Pocos datos le podré facilitar, sirenita, pero, no obstante, ahí van los que sé: Ricardo Cortez nació el 19 de septiembre de 1889, en Viena, siendo

su verdadero nombre Jack Krautz; ha estado casado con la misteriosa estrella Alma Rubin (¿porqué creo sabrá qué está artista murió el año pasado? no sé si se divorció de ella, aunque creo que no, pues según mis datos se quedó viuda. Este artista es uno de los personajes más raros de Hollywood y un gran coleccionista de antigüedades; sus principales películas son *El risas*, *El quinto del mar*, *El español*, *Los tristes de Selma*, *La ciudad que no conocí*, *Los jinetes del correo*, *El huracán*, *Nueva York*, *En nombre del amor*, *La novela de un mujik*, *Boda convencional*, *La vida privada de Helena de Troya*, *La nueva generación* y *Nueva Orleans*.

La biografía de Ivan Petrovitch no se la mandé por no tenerla; lo que sí tengo es la fotografía de este artista, que le mandaré con mucha gusto en cuanto sepa su dirección, sin señalar ninguna condición, pues soy un gran admirador de las sirenas y más siendo de los trópicos.

713. — Para Andrés Matina: Señor Matina, me pongo a su disposición para lo que guste mandar en asuntos de cine, manifestándole que tengo la fotografía (formato postal) de Billie Dove. Si le interesa puede escribirme a mis señas: Moncho, Echegaray, 32, 2.ª, derecha, Badajoz.

714. — Aurelio Fernández Iglesias (*Pelotas*, *que*, *Foys* y *Contralogue*), domiciliado en Lodi, calle Gentil, 2, 1.ª, queda muy agradecido a *Dobronsky* y *Cosanova*, y aceptando su invitación, le comunico que en la colección de *Fitas Selectas* sólo le falta el número 1, cuya envío le agradecería, sin perjuicio de remitirle en sellos de correos el precio que en la actualidad tuviera.

715. — Una incensable *Novarriola* tiene el gusto de comunicar a los lectores de *Fitas Selectas*, por sí a alguno interesado, ya que se leido varias preguntas sobre este particular, que a Ramón Navarro se le puede escribir en español, pidiendo su fotografía sin mandar sellos ni dinero alguno. Sólo se necesita un poco de paciencia, pues es tan numerosa su correspondencia que tarda en contestar mucho tiempo.

La clorosis o anemia de los jóvenes desaparece radicalmente con HIPOFOSFITOS SALUD. Devuelve el rosado color a las mejillas y da sangre pura y fortaleza al organismo.

pe. Los otros artistas no sé si le mandarán, pero este simpático actor siempre ha contestado, incluyendo el consabido retrato, a pesar de tener que pagarlo de su bolsillo. Como tiene incontables admiradores, he creído oportuno decirlo a las simpáticas lectoras de *Fitas Selectas* por si alguna de ellas se decidiese a escribirle.

Siendo uno entusiasta admirador de Ramón Navarro, desearía conocer la opinión que los lectores o lectoras de esta revista tienen sobre el simpático astro mexicano.

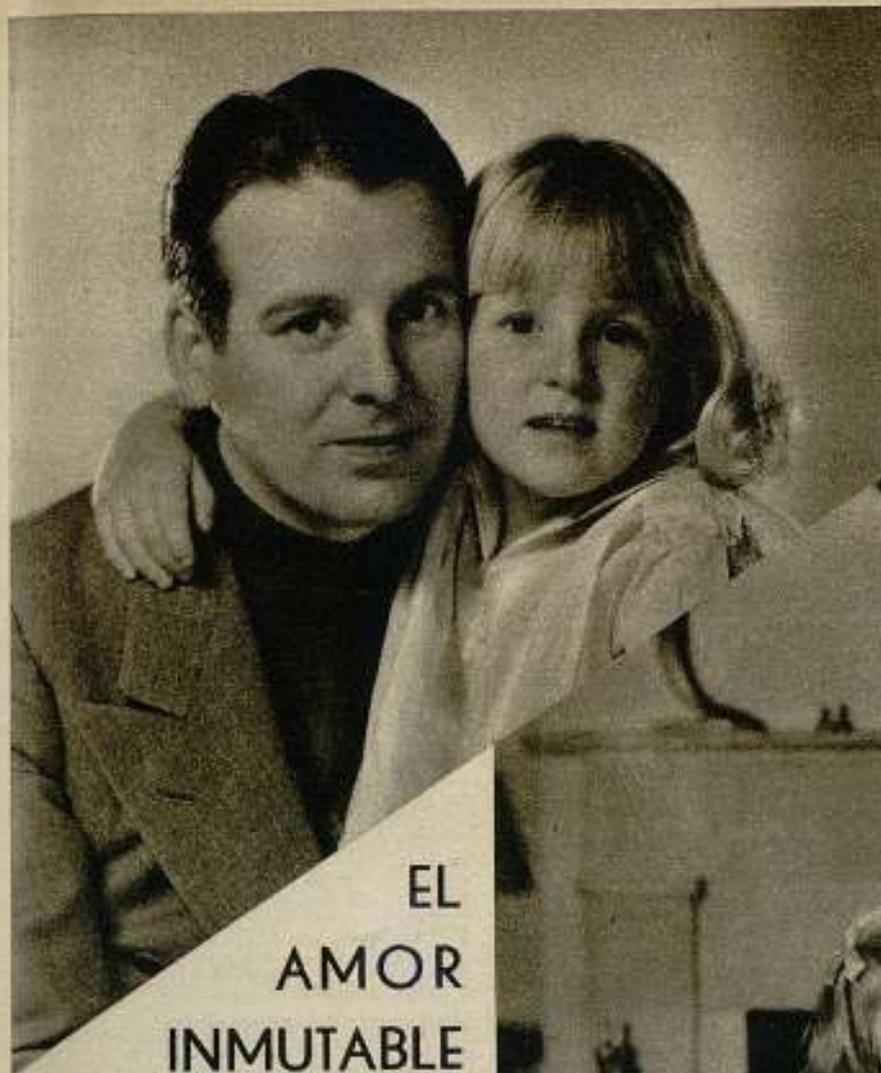
También desearía saber si Zahosér es lector o lectora. A vuestra disposición.

♦ Dos contestaciones de Cozina de Durré:

716. — Para Vizconde: Desempeño los interpretes de la primera película de *Metrópolis* le son Brigitte Helm, Gustav Frölich y Klara Rosse; de *Vive Madrid*, que es mi postal, Marcial Lalanda y Carmen Vazante. Parece mentira que un grupo de españoles o españoles haya filmado eso. ¿A cualquier cosa se le llama una película?

717. — Para La pamplonica: El chico de Montana nació el 7 de mayo de 1901, en Helen (Montana), donde recibió la educación primaria, marchó después a Inglaterra y al cabo de tres años volvió a su patria, dedicándose al dibujo, por el que sentía gran inclinación. La suerte no le acompañó y decidió marchar a Hollywood — la ruta de los fracasados —, donde logró destacarse en poco menos de un año. Este actor, que es uno de los que yo admito de veras, posee una cualidad bastante difícil de conseguir: personalidad. No eno en los artificios de las mujeres, por la sencilla razón de que los ignora. El gusto de su cara, fría, indiferente, por completo materialista, acaba por dominar a la hembra; por eso en sus *Harles* es ella la que acude a él. Su tipo, a más de único, es propio. No se debe, como el de *Metzger*, a Chaplin, o el de *Brancroft*, a Von Sternberg.

Sus principales películas son *Hijos del diablo*, *Camino de Arizona*, *Alas*, *El primer beso*, *El ángel pecador*, *Neveda*, *Beau Sabreur*, *La legión de los condenados*, *Solas en una isla*. Todo un hombre, el gran cantante, el virtuoso, *La canción del lobo*, *Sólo las valientes*, *Perfidia*, *Siete días de locura*, *Las señas de la ciudad*, *Mis porque sí*, *Escucha por amor*, *El canto del lobo*, *Marcos*, *Caravana de México*, *El último bandido*. Acepto esta mujer, *Vidas opacas* y *Medallas*. Parece que su ruptura con Lupe Vélez es definitiva, pues ahora la rubia mexicana dedica sus preferencias a John Gilbert, el Don Juan que nunca se rinde.



EL AMOR INMUTABLE

TENEMOS razón para dudar de la seriedad amorosa de los artistas de cine. Los periódicos nos traen continuamente noticias sorprendentes a este respecto. Lo mismo nos enteramos de un fulminante e inesperado divorcio que de una boda realizada a los veinte minutos de conocerse los contrayentes.

Indudablemente, en Cinelandia hay matrimonios tan serios como en cualquier otra parte del mundo, pero las repetidas pruebas de volubilidad pasional que nos ofrecen astros y estrellas nos ponen un poco en guardia frente a esas fotos idílicas de parejas que los artistas se preocupan de esparcir por el mundo como si quisieran demostrar que son capaces de repetir el ejemplo de Romeo y Julieta. Cuando contemplamos una de estas fotos, no podemos menos de pensar: «A lo mejor, a estas horas ya no hay tal pareja ni tal cariño».

Pero en el cine, como en todas partes, hay un amor inmutable y auténtico que nada ni nadie puede destruir ni entibiar. Es ese amor que siente Wallace Ford por su hija Patricia, y Helen Hayes por su pequeña Mary, las dos felices parejas de estas fotos.

Esa ternura que reflejan los ojos de Wallace Ford y de Helen Hayes es espontánea y sincera. Por una vez, el fotógrafo no ha tenido que pedir «más fuerza expresiva en el gesto».



LA 'LÍNEA' EN LA PANTALLA



Ved aquí a Anita Page, la muchacha que, a pesar de su moderno tipo, pierde gran parte de su gracia bajo el lodamento de antaño.

Hanta de fotogenia, refiriéndose al cine, es ya delito de lesa pedanteria. Sabido es de todos que el cine es, por esencia, eso: fotogenia, y que hay asuntos fotogénicos, psicologias fotogénicas, decorados, trajes, tipos, muebles, objetos fotogénicos. Lo no fotogénico es lo que la cámara rechaza, y, con ella y en ella, el espectador.

En una reciente conferencia sobre cine, dada en la Universidad de Barcelona por el eminente catadrático don Angel Apráiz, referiase el insigne disertante a la «línea», generadora del movimiento y, por tanto, nervio, esencia, de la fotogenia y del cine. Las películas de dibujos animados — línea pura — son, pues, lo más estrictamente fotogénico que puede darse, y depende de esto, sin duda, su éxito infalible ante todos los públicos del mundo. Este prestigio de la línea en el cine, debido a la enorme difusión del séptimo arte, ha influido notablemente, no sólo en la moda y en el decorado, sino incluso en la forma del cuerpo humano. Y no es esto disparate, ni siquiera exageración, sino una comprobación más de aquella teoría estética y paradójica de Oscar Wilde, según la cual «la naturaleza limita al arte».

Toda una generación puede recordar perfectamente cómo al advenimiento del cine triunfaban, especialmente en nuestro país, las mujeres de formas opulentas, abundantes en curvas y sinuosidades. Los corsés implacables, acentuaban esta tendencia, apretando la cintura, a fin de poner en relieve el busto abundante, las caderas magnificas. Al advenimiento del cine, la figura de la mujer, así truncada por la cintura, y así convertida en altar de exaltación de la forma, resultó grotesca, vista en la pantalla. A modo de espejo, el blanco lienzo retrataba lo absurdo de tales modas, de tales deformaciones del cuerpo femenino. Y la lección se hacía por momentos provechosa: puede asegurarse que el cine contribuyó a desterrar el corsé, a borrar la bárbara costumbre de apretar la cintura, más que todas las predicaciones de doctores u



Myrna Loy, cuyo perfecto cuerpo es un triunfo de la línea simple, la línea pura.



Leila Hyams, artista de la M.-G.-M., muestra la evolución del ridículo desde la época de Napoleón hasta nuestros días, con una vislumbre del pasado.

socialistas. El culto a la curva fué retrocediendo. Anulándose, hasta desaparecer. Cuando se quería imponer, sintetizar lo grotesco, lo ridículo en la pantalla, se buscaba un hombre gordo, un «Fatty». La suerte de los gordos y las gordas, estaba asegurada, siempre que se resignaran a representar los héroes y heroínas de las películas cómicas, y aguantar las obligadas consecuencias de pasteles de nata en las narices, porrazos, golpes, caídas, carreras, jarros de agua y otros extremos de este género de primitivas cintas.

Comenzaba el triunfo de la línea simple, de la línea pura. Las muchachas con figura de efebo, las ingenuas, las deportistas, empezaban a mostrárenos como un nuevo ideal de belleza femenina. Diana de las largas piernas vencía a Juno de los redondos brazos. La moda acentuaba, por su parte, esta tendencia. Imposible ver en el lienzo, sin saltar la carcajada, las inmensas mangas de jamón, los voluminosos pollones,



Marion Davies y Lawrence Gray, vestidos con trajes deportivos de los que usaban en 1898 los más elegantes «sportmans».



Juan Crawford ha estilizado de tal modo la línea, que, según puede verse en esta fotografía, más parece una construcción del arquitecto Le Corbusier que figura femenina.

los peinados rellenos de crepé, los complicados postizos capilares que todavía nos hacen reír cuando se resucitan, a modo de curiosidad arqueológica, las cintas de anteguerra, en alguna Sesión de Arte. Otro tanto puede decirse de las faldas de cola de las manteletas, de los sombreros enormes, prendidos con largas agujas. Todo cuanto alteraba, deformaba, complicaba, prosthilaba la línea, era antifotogénico; por tanto, antiestético, a los ojos de una generación que empezaba a educarse estéticamente y, acaso a su pesar, por el cinematógrafo. El sentido de la vista se aguzaba, al fin, por la imagen; empezaba a ver algo nuevo en las formas de los seres y de los objetos. Comenzaba el público a distinguir — aunque sin darse cuenta del origen de su preferencia — entre lo antifotogénico de una corrida de toros y lo fotogénico de una carrera de automóviles; empezaba a ver que es fotogénica la nieve, y el agua, y el mar...; que es fotogénica la sencillez del niño, la ingenuidad del adolescente...; que la máquina, el aeroplano, el barco son foto-

génicos igualmente, y no lo es, en cambio, el ferrocarril. La danza sólo es fotogénica cuando conserva la majestad y la pureza de la línea generadora del movimiento; no cuando muestra la agitación del desdén, de la lascivia. Una rubia es más fotogénica que una morena. Un paisaje más que un salón. Algunas costumbres primitivas poseen un indelible encanto fotogénico. Las modernas construcciones, los decorados de última hora, son fotogenia pura.

¿Influirá en el arte y en la estética esta nueva visión de la vida, de las cosas, de los seres y los objetos que el cine nos ha traído? Esto que pudiéramos llamar estilización del mundo por medio del sentido visual ¿repercutirá en la historia de las Bellas Artes? La educación de nuestra vista, la mayor percepción que hoy tienen nuestros ojos, a causa de su reeducación por la fotogenia ¿nos hará ver, en adelante, el arte viejo de manera distinta? He aquí el gran interrogante, y el más importante desde el punto de vista del cine como arte de nuestro tiempo.

María Luz



Brigitte Heim en la escena suprema de la excelente producción UFA «Las mentiras de Nina Petrowna», uno de los primeros «films» que se atrevieron a terminar «mal», contra las exigencias del gran público.

AL MARGEN DE LA PANTALLA

El film que termina mal

FILMS
SOCIETAS
8

Hasta hace poco tiempo, muy poco tiempo, implicaba condición imprescindible, y casi todavía sigue implicándolo en cierto modo, que los films terminaran «bien».

En lenguaje corriente, terminar «bien» una obra cualquiera quiere decir, según no desconoce nadie, que triunfe el bueno, se castigue al malo y se casen los novios... Las imaginaciones cándidas de los niños exigen que, al final de los cuentos, sus protagonistas simpáticos «sean felices y coman perdices». De igual manera, la imaginación del gran público, cándido niño grande, ha exigido siempre, para sus lecturas y para

su teatro, la felicidad y las metafóricas perdices consabidas al sobrevenir el desenlace de no importa qué intriga novelesca o dramática. De ahí que todos los folletines y novelas por entregas acaben lo mismo, ni más ni menos que el absurdo melo con que ha llorado la gentil Margot.

Arte esencialmente popular, no podía ni quizá debía el cinematógrafo sustraerse desde luego a los imperativos populares. Toda película se remataba en una especie de apoteosis integrada por un medio plano donde el joven héroe y la joven heroína dábanse concienzudos besos a fornillo sobre fondos de

crepúsculo para mayor realce poético.

Conforme advertiréis, se trataba de algo análogo a las novelas por entregas o a los melodramas que arrancaran a Margot lágrimas deliciosas. Con frecuencia se permitía la pantalla, al adaptarlos, alterar inmortales asuntos que vulneraban la ley tradicional, decretando entonces, por ejemplo, la boda de Matho y Salambó o la de Don Quijote y Dulcinea... Había de ocurrir así, sólo así, y así, sólo así ocurría.

Pero, constituyendo de continuo un arte esencialmente popular, iba el cine a redimirse paso a paso — aun no se



Dita Parlo y Willy Fritsch en la última escena de «Melodía del corazón», otro de los «films» europeos que terminan «mal» desentendiéndose de leyes tradicionales, y es un buen «film».

ha redimido por completo — de convenciones que le impedían constituir un verdadero arte. Su colmo de popularidad le atrajo al cabo el favor relativo de los públicos que se ríen de aquello con que Margot llora y conceptúan engendro absurdo el folletín, de suerte que a la postre no bastaban los besos a tornillo sobre fondos crepusculares, fórmula invariable de los films que terminaban «bien».

Y con temor primero, con descaro después, salieron films que terminaban «mal», producciones de casas europeas lo bastante atrevidas para pretender atropellar prejuicios. El gran público — Margot y compañía — se quedó sorprendido y acaso se sintió molesto por lo pronto ante tamaño atentado a una costumbre inveterada.

Mas los tales films estaban bien, aunque no terminasen «bien», y el gran público pasó por ellos, aunque preferiera los que no rompían moldes, mientras el público selecto, que tomaba a chacota la parte espiritual del cine, empe-

zó a tomarla en serio al empezar éste a depurarse.

Inútil añadir que los films que terminan «mal» suelen suponer muestras de un cinema inteligente que no cesa de abrirse camino y que hoy se impone a la propia Norteamérica, patria de tantos films de los otros. Porque el público — el público selecto y una porción considerable ga del gran público, Margot inclusive — requiere ahora que el cinema denote inteligencia y rechaza las necedades, siquiera resten quienes no han dejado de conservarse fieles a la fórmula del beso y del crepúsculo, fieles que disminuyen día por día.

De momento no nos proponemos sino una simple comprobación de que los films que terminan «mal» comienzan a desacreditar la clase de los films que terminan «bien», desacreditándolos asimismo entre el público popular para quien se crearon, como no han conseguido desacreditarse las novelas por entregas o los melodramas estúpidos, que gozan todavía de predicamento, merced

a la ignorancia de una ingenua multitud, no obstante hallarse archidesacreditados entre personas cultas.

El film que termina «mal» inicia la intelectualización del cine, su ascenso al rango de arte digno. Y a la vez inicia una intelectualización y un ascenso de las masas, influenciándolas y educándolas.

Precisamente por su esencia popular, incumbía al cine semejante tarea noble y ennoblecedora.

Lo mediocre se envilece y recurre a la lisonja con objeto de que lo soporte el lisonjeado y de que no rescate su mediocridad, al contrario de lo excelente, que no necesita envilecerse y vence a despecho de lisonjas. He aquí una prueba de la excelencia del cinema, excelencia en vías de mejorarse y de subir el nivel intelectual de muchos espectadores suyos, sin riesgo de perder tampoco el carácter popularísimo con que ha nacido y que lo vivifica.



UN AS DE LA PANTALLA ESPAÑOLA

CONVERSANDO CON MIGUEL LIGERO

Cuando un amigo nos comunicó que Miguel Ligero había regresado a España y que se hospedaba en un hotel de Barcelona, concebimos inmediatamente el propósito de saludarlo.

La personalidad artística de Miguel Ligero era, en nuestra memoria, algo vivo y perfectamente definido desde que por primera vez le vimos trabajar en la pantalla. El film era malo y los artistas que compartían con él la representación, no estaban aún «en forma», como se dice expresivamente en las lides deportivas. Sin embargo, la labor de Miguel Ligero surgía de todo aquello con esa seguridad y esa firmeza de los triunfos indiscutibles.

Después le vimos trabajar en películas mejores, y en cada una de ellas se reforzó el concepto crítico que habia-

mos formado sobre él y que queda expresado en estas palabras: Miguel Ligero es el mejor actor cómico con que cuenta el cine de habla española.

Nuestro amigo se prestó a acompañarnos, y momentos después estrechábamos la mano de Miguel Ligero.

Antes de llegar a él, saludamos a la pareja Rivelles-Ladrón de Guevara. Nada que merezca relatarse en este rápido saludo, fríamente formulario. Todos conocemos a este matrimonio en el que el marido tiene el mérito de haber dedicado toda su vida al estudio de la carrera teatral. En cuanto a María Ladrón de Guevara, nosotros nos limitaríamos a llamarla la señora de Rivelles.

Una gratísima impresión al estrechar la mano de Miguel Ligero. Un muchacho todavía. Unos ojos claros, de cándida e

infantil luminosidad. Cabellos rubios en masa compacta, sin el menor vestigio de calvicie.

No pudimos reprimir este comentario: —Parece usted el hijo de Miguel Ligero. —

El sonrió modestamente. Pronunció algunas palabras llenas de cordialidad. Y en seguida nos convenció de que en aquel cuerpo joven había un temperamento sólidamente forjado y una mente madurada por un régimen de intensa experiencia.

Le invitamos a visitar nuestra casa, y su inmediata aceptación nos hizo desistir de todo sondeo, seguros de que hallaríamos, durante su visita, ocasión más adecuada para ello.

En efecto, la redacción nos ofreció un rincón tranquilo donde charlar un rato sobre el cine y sobre la persona de Miguel Ligero.

A nuestra primer pregunta respondió:

—Soy de Madrid, pero (le agradeceré que lo haga constar así) sin complicaciones ni mtenuentes. Soy madrileño en cuerpo y alma, porque nací allí y porque llevo siempre en mi corazón a mi patria chica.

—¿Cuándo nació en usted la afición teatral?

—No recuerdo con exactitud. Creo que esa inclinación, mejor dicho, ese amor, nació conmigo. Siendo niño, pertenecí a una compañía infantil. En 1912 hice mi primera «tournée» por las repúblicas hispanoamericanas. Al regresar a Madrid, comencé a trabajar inmediatamente y recorri varios teatros. Estrené, en el trágicamente desaparecido Novedades, «Todo el año es Carnaval o Momo es un carcamal». Después pasé al Martín, donde, con Blanquita Pozas, me harté de darle golpes a «Los faroles». Arturo Serrano me contrató para el Infante Isabel y, gracias al éxito que obtuve en «La condesa está triste», se me abrieron las puertas de los estudios de Joinville.

—¿Prefiere usted el cine al teatro?

—El cine es más moderno. Al dejar de ser mudo se ha convertido en un arte completo, de amplísimos horizontes. El actor de teatro que pasa a trabajar ante la cámara, tiene la mejor base para el éxito. Lo que entonces ha de hacer no es modificar sus facultades sino ampliarlas. Es más, creo que para ser un buen artista de cine hay que ser antes un buen actor.

—¿Qué opina usted del desenvolvimiento del cine sonoro?

—Que evoluciona constantemente y que llegará a la perfección cuando se despoje del lastre del diálogo. Yo digo siempre que el cine sonoro debe ser «palabras»: no «diálogo». Por eso creo que los autores de cine hay que buscarlos entre los periodistas y novelistas. Ser autor dramático es un inconveniente para escribir argumentos de películas.

—¿Cree usted que entre los artistas de habla española hay elementos para impresionar buenas películas?

—¡Ya lo creo! Buenos artistas sobran. Sólo falta la organización que les proporcione los medios materiales. La prueba de que estoy convencido de ello es que propuse hacer una película con elementos exclusivamente hispanoamericanos. Se aceptó y comenzamos los preparativos. Mi misión consistía en dirigir el

film. Los artistas eran Ramón Pereda, el argentino Paul Ellis, el cubano Cardona, Barry Norton, Manuel Conesa, Celia Montalbán y el chileno Villegas. El propósito no se llevó a cabo porque los estudios que costeaban la empresa suspendieron la producción en castellano. Fue una lástima, porque era una oportunidad para demostrar a aquellos empresarios lo que vale trabajar con independencia.

—Por lo visto, la estaban ustedes echando de menos.

—Respecto a eso, todo lo que le diga es poco. Nuestra vida artística se desiluzaba penosamente bajo una presión despótica y tiránica. Yo experimentaba la sensación de que aquellos señores nos habían contratado para hacernos fracasar. Nos daban los papeles que teníamos que representar, con veinticuatro horas de anticipación. ¿Cree usted que en un día hay tiempo para estudiar el diálogo, el ambiente, el carácter que se ha de encarnar? Pero esto último huelga. Allí no teníamos que estudiar caracteres ni personajes. Nos proyectaban la película original en inglés y nos obligaban a imitar a los artistas que la interpre-



Miguel Ligero y Rafael Calvo en «Sombras de circo».

Miguel Ligero había enmudecido. Nos pareció ver pasar por sus ojos la tristeza de nuevas evocaciones.

—Una última pregunta — dijimos, para ahuyentar de su pensamiento los recuerdos ingratos —. ¿Debe existir el nacionalismo en las películas?

—No. Ese es un defecto muy frecuente en los films norteamericanos. Mi opinión es que las películas de habla española deben amoldarse a nuestra psicología, pero sin sacrificar su carácter cosmopolita.

Miguel Ligero consultó el reloj y se puso en pie. Comprendimos por su gesto que, absorto en sus evocaciones, más amargas que felices, había dejado pasar la hora de alguna cita o de algún quehacer ineludible. No le retuvimos un segundo más. Le tendimos la mano y el gran actor cómico la estrechó con un gesto lleno de cordialidad y simpatía.



Miguel Ligero en «Doña Mentirosa».

taban. Era inútil que usted intentara dar a su papel otra interpretación con arreglo a su temperamento y a su visión del personaje. Por absurda que fuera la concepción del artista norteamericano, usted tenía que imitarlo al pie de la letra. Por eso, al hacer el reparto, no se preocupaban lo más mínimo de la modalidad artística de cada cual, sino sólo del de su parecido externo con el artista norteamericano. ¿Quiere usted cosa más absurda? Por otra parte, no se hacía versión española de ninguna superproducción. Para eso se dedicaban las películas de tercera o cuarta categoría. Aun hay más: las películas originales las impresionaban con tres cámaras, para después hacer una selección entre las escenas de la triple cinta y formar con los mejores trozos de las tres una sola película. Para la versión española, empleaban una sola cámara y dejaban pasar cualquier error con tal de ahorrar-se unos minutos y unos metros de celuloide.



Miguel Ligero e Imperia Argentina en una escena de «Su noche de bodas».

ANN
DVORAK

Ann Dvorak, la última centienta, que así llaman a esta artista en Hollywood, nació el 2 de agosto de 1912 en la ciudad de Nueva York. Es hija de Anna Lehr, estrella que fué del teatro y de la pantalla. A la edad de nueve años se trasladó a California con su madre, y a la edad de quince se graduó en la escuela elemental Page para niñas. Criada en un ambiente teatral y cinematográfico, desde muy joven ambicionaba ser artista. En la escuela representó varias obras con sus condiscípulas y durante las vacaciones veraniegas buscó trabajo en los estudios cinematográficos, pero sin resultado. Los directores de películas y altos empleados que visitó con este objeto, se negaron a admitirla por ser aún demasiado joven.

Después de salir del colegio, se afirmó en su decisión de dedicarse a la pantalla y logró finalmente obtener trabajo como bailarina de la «Metro-Goldwyn-Mayer». Fué una de las varias bailarinas que aparecieron en la «Hollywood Revue» y otras películas musicales de «M. G. M.», y después de actuar un año como corista fué nombrada ayudante del director de baile de los estudios.

Durante tres años estuvo al servicio de la «Metro» como profesora de baile de las estrellas. Se le permitió ocasionalmente actuar como «extra» y como doble de algunas estrellas.

Por fin llegó la gran ocasión de su vida en la persona de Howard Hughes, que buscaba una muchacha de aspecto muy juvenil y vivaz para confiarle el papel de Cesca en «El terror del hampa». Después de efectuar satisfactoriamente una prueba, Hughes designó a Ann Dvorak para interpretarlo y ésta declara que el hecho le produjo la mayor emoción que nunca haya experimentado.

La gentil Ann justificó plenamente las promesas de la prueba efectuada, realizando una labor digna de todo encomio, así que al terminar «El terror del hampa», le fué confiado el rol de protagonista femenino en «Diablos celestiales».

Ann Dvorak tiene una personalidad brillante y distinguida y los que han observado de cerca su trabajo predicen que ha de escalar la cumbre de la popularidad en su profesión, pues ha demostrado ya poseer un talento casi genial.

Adora la música y su distracción favorita consiste en sentarse al piano horas enteras. Escribe canciones, música y letra, y es una excelente bailarina y nadadora.



El Cine y la Moda

Trajes de baño



Mary Carlisle por su parte propone este original traje de baño hecho con cuatro pañuelos de abigarrados colores.

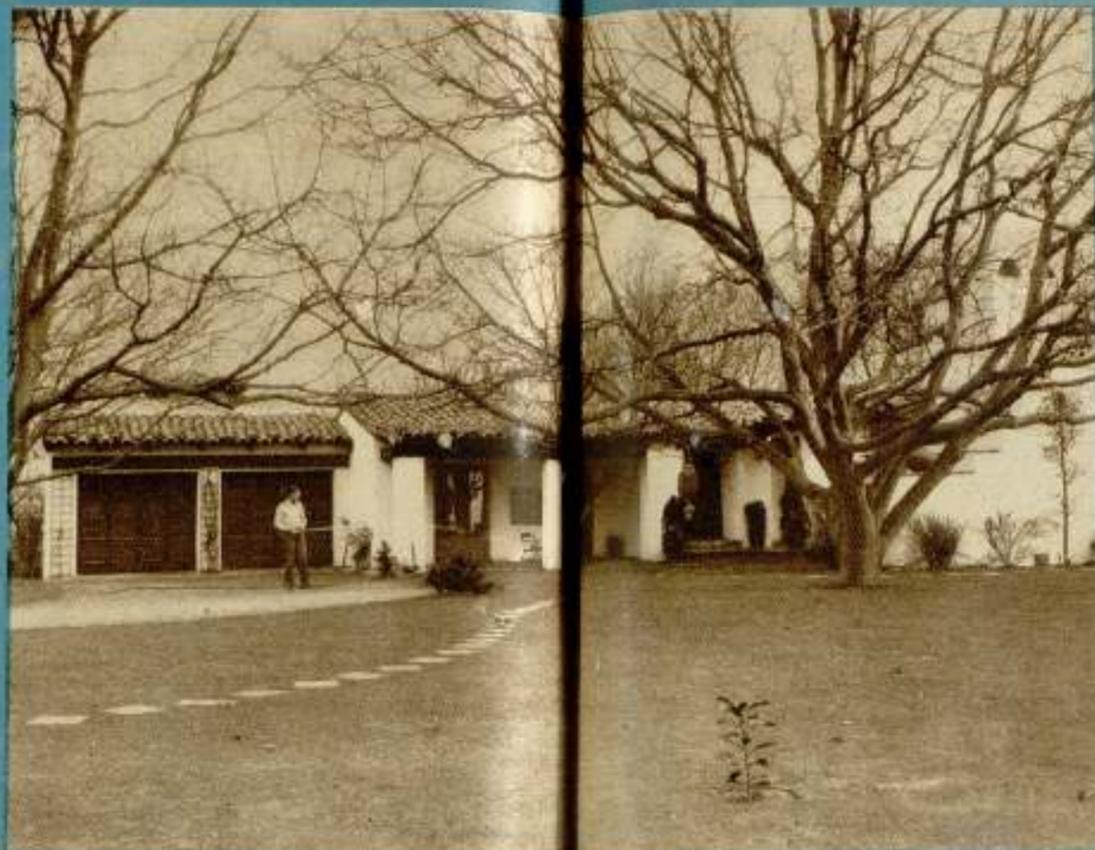
Anita Page y Dorothy Sebastián proponen estos dos modelos en los que la espalda queda completamente al aire.



En cambio, Anna May Wong se atiene a la forma clásica de baño con la única variación de que en él juegan dos colores opuestos.

la intimidad

Los artistas en



El hogar del astro de la Paramount, Richard Arlen y su esposa la celebradísima exestrella del cinema Jeanne Ralston, que al decir de la gente son uno de los matrimonios más felices y normales de Hollywood.





Mujeres bonitas

Elissa Landy

la subyugadora gran
estrella de la Fox.

LARDAYA



CUATRO DE LOS ARTISTAS DE LA CASA FOX

cuyos retratos fragmentados publicaremos en números venideros, los cuales han de reconstituirse para obtener alguno de los importantes premios que se conceden en el

CONCURSO MOSAICO "FILMS SELECTOS-FOX"

Véanse las bases publicadas en el número 87 de esta revista correspondiente al día 11 de este mes de junio.



FILMS SELECTOS

DOS EX CAMPEONES DE BOXEO Y UN CAMPEÓN; TRES "ASTROS" FUGACES DEL CINEMA

por MANUEL P. DE SOMACARRERA

Max Schmeling



Decía no hace mucho el célebre ex boxeador Carpentier, en un artículo suyo aparecido en «La Nación» de Buenos Aires, que si un pugil consiguiera mantenerse durante diez años en actividad, puede decirse que ha cumplido toda la vida de trabajo de un hombre ordinario. Y, sin embargo, la recompensa lograda es relativamente pequeña.

De ahí que yo crea en sus palabras, que como él piense que en la mayoría de los casos la vejez de los pugiles es una tragedia. A este respecto podría citar algunos ejemplos; pero basta con hojear las revistas y periódicos, tanto deportivos como cinematográficos que nos llegan de allende el Atlántico, para darse cuenta de que son muchos los pugiles fracasados que acertaron a distinguirse en el cinematógrafo como asimismo los que en otro tiempo fueron ases del «ring» y ahora forman parte de la gran masa anónima de los «extras», esos seres que cual residuos del arte o de la humanidad aparecen en las películas de gran espectáculo. Además puede asegurarse que en cualquier ciudad de los Estados Unidos, por pequeña o grande que sea, ha tenido su cuna algún boxeador, siendo allí precisamente donde podría hallarse la lección más triste, pero más fuertemente humana que nos puede deparar la vida.

Por ello no es nada extraño que muchos boxeadores, ya en el declive de su celebridad, hayan irrumpido en la vida del cine para volver a conquistar aquella y labrarse un nuevo porvenir. Entre los que han llegado a alcanzar renombre como artistas del celuloide, figuran los nombres de George O'Brien, Victor Mac Laglen, Iván Linow, Karl Dane, el difunto Louis Wolheim y otros. Pero posteriormente o más recientemente si se quiere, Georges Carpentier, Jack Dempsey y Max Schmeling.

Georges Carpentier gustó la aventura del cine más que por vocación por amor propio. Cuando el antiguo campeón de Europa vió que su sa-

biduría de buen peleador se hacía impotente, que toda su gran popularidad, alcanzada en el «cuadrilátero» se venía abajo, pensó que la manera más cómoda y rápida de volver a conseguir fama y dinero era dedicándose a hacer películas. Y así lo hizo por cuanto al casarse prometió a su señora que nunca más volvería a dedicarse a la boxe.

Su primera película se impresionó en Los Angeles hace unos nueve años, rodándose más tarde otra en Londres que llevaba por título «El maravilloso». Pero donde se reveló como un verdadero artista profesional fué en «La sinfonia patética», su última producción hecha en 1929. De entonces acá sus actividades han sido otras, por cuanto el nombre del famoso ex boxeador francés se ha encendido con letras de color sobre la fachada de casi todos los «cabarets» y «music-halls» del mundo. En el bullicioso Broadway neoyorquino, donde más ha actuado, goza de gran prestigio como «chansonnier».

Sin embargo se dijo, a raíz del estreno de su última película, que Georges Carpentier volvería al boxeo, siendo desmentida semejante noticia por el propio ex campeón que aseguró que no volvería a calzar los guantes de seis onzas porque le gustaba ser artista de cine más que boxeador. Pero si esto dijo antes, ahora parece contradecirse lamentablemente, de ser cierto esto que al pie de una fotografía publica «La Prensa», de Nueva York: «Irene Bordoni y Georges Carpentier, el famoso pugilista francés, que va a intentar en breve su retorno al «ring», iniciando su campaña en Europa con dos o tres peleas de poca importancia.»



Jack Dempsey, a pesar de su fortaleza, es un devoto de la cartomanía a la que recurre para intentar saber lo que en el porvenir le aguarda.

Y en este juego de alza y baja tenemos a Jack Dempsey. A veces popular y otras impopular; según los dólares o los amigos. Las gacetas más o menos suplicadas en los periódicos.

Algo parecido a lo que le ocurrió a Carpentier, le ha sucedido al ex campeón del mundo de todas las categorías, que fue uno de los púgiles que durante su reinado gozó de mayor prestigio y por nadie fue discutido. Carpentier y Firpo cayeron a sus pies «knocoutados», arrebatando asimismo el título de campeón al gigantesco Williard. Pero una prolongada inactividad mermó sus facultades y el inmenso Yankee Stadium presenció su derrota ante las furiosas acometidas de Tunney. Algo de la culpa de aquel fracaso la tuvo la artista de la pantalla Estelle Taylor, que había conquistado amorosamente al púgil, haciéndole más tarde su esposa.

Después de casado, Dempsey intentó en varias ocasiones volver a recuperar lo perdido y obtuvo otros tantos fracasos a manos también de Gene Tunney. Poco a poco se fueron debilitando los ánimos del ex campeón hasta llegar casi por completo, no solamente a obedecer a su señora, sino también a someterse a sus caprichos.

Tras su viaje de bodas por Europa regresaron a Norteamérica. Parecían estar el uno del otro más enamorados que nunca. Todos cuantos conocían al matrimonio, decían que era uno de los más felices del mundo. Apenas si sufrieron algún leve enfado. Siempre Dempsey haciendo caso de su señora y viceversa. Y en este camino de obediencia, más bien de armonía mutua, Dempsey empezó por someterse a la cirugía estética. Arreglada su nariz y hermosado el rostro, terminó por hacer películas con Estelle Taylor.

La labor realizada por Dempsey como actor de cine no ha sido del todo mala. Pero, desde luego, que no ha trascendido tanto como la realizada por Carpentier. Sin embargo, pronto se cansó de la vida de los estudios e hizo que con su retirada se retirase asimismo su esposa, que le obedeció ciegamente sin hacer la más mínima protesta ante aquella decisión de su marido.

Pasó el tiempo. Cuando mayor parecía la felicidad del matrimonio, surgió lo inesperado que vino a dar al traste con todas las ilusiones que se habían albergado en la cabecita de la estrella. ¿Dempsey se había aburrido de su mujer o tenía el decidido propósito de volver a boxear? Sea cual fuere su verdadero motivo el caso es que el ex campeón del mundo de todas las categorías, tras un lustro de matrimonio decidió un día del año pasado trasladarse de Los Angeles a Reno, esa ciudad a la cual se conoce por el paraiso de los divorciados, para presentar su demanda de divorcio. Como es natural su determinación dió mucho que hablar en Los Angeles, siendo mayores los comentarios que se hicieron en los centros boxísticos de Nueva York. Pero la que se sorprendió más fue su esposa. No acertaba a comprender el porqué de aquella decisión de su marido, ya que nunca habían reñido seriamente y fueron pocas las veces que habían permanecido el uno sin el otro. Además, él fué causa de que abandonara su carrera cuando pudo haberle producido una fortuna.

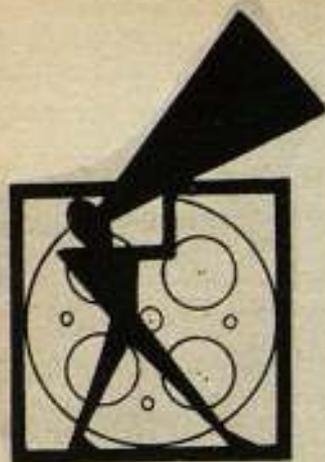
(Continúa en la pág. 22)

En la presente fotografía se ve a Max Schmeling transportar, en una carretilla, a cuatro fotógrafos.



Georges Carpentier





NOTICIAARIO

* * * * FILMS
SELECTOS * *

SEGÚN dicen, los tres hermanos Barrymore, Ethel, John y Lionel, van a filmar una película escrita expresamente para que ellos actúen como protagonistas.

Hemos leído en una revista americana la graciosa anécdota de Lupe Vélez que a continuación copiamos:

El último favorito de la estrellita se llama Randolph Scott, y es uno de los nuevos «descubrimientos» de los estudios de «Paramount». Cuéntase de ella que, estando en el comedor del Ambassador Hotel, alguien le preguntó por Gary Cooper.

—Gary es un bebé — contestó Lupe —, mientras que este otro sabe mucho. —



De Sylvia Browne Henderson, productores, y Leo McCarey, director de «Indiscretas» con Ben Lyon, Bárbara Kent, Gloria Swanson y Arthur Lake, intérpretes del film.

Y, en seguida, volviéndose hacia su secretaria, le pidió que llamase por teléfono a mister Scott.

—En «Paramount» deben de haber muchos Scott — le contestó aquella —. ¿Cuál es su primer nombre? —

Pero Lupe no se acordaba y, rascándose la cabeza nerviosamente, le contestó en chapurreado inglés:

—Llame a mi hermana y pregúntele cómo se llama el Scott que yo amo. —

Un bandido penetró hace pocas noches en el «Brown Derby», club de noche frecuentado por muchos artistas de cine, y bajo la amenaza de su revólver se apoderó de doscientos dólares que contenía la caja y ochocientos dólares que tuvieron que entregarle los que estaban presentes, huyendo después sin que fuera perseguido. Entre los artistas que se hallaban en el club y fueron víctimas del ladrón, recordamos a Gary Cooper, Greta Nissen, George O'Brien, Joan Bennet, Claudette Colbert, Norman Foster y Roberto Armstrong.

El día 16 de mayo retornaron a sus puestos en los estudios de la «Paramount», por haber llegado a un perfecto acuerdo, después de las diferencias habidas con dicha productora, el célebre director Josef von Sternberg y la celebrada estrella Marlene Dietrich. Marlene, al ocupar otra vez su coquetón camerino, fué acogida con una verdadera invasión de flores. La actividad se paralizó en todas las dependencias del estudio, y no quedó ni un sólo empleado que no fuera a rendirle homenaje a la gran actriz y al gran director. Todo lo ocurrido se ha olvidado. Un momento emocionante fué el del abrazo entre von Sternberg y el otro genio del megáfono: Lubitsch. Las declaraciones del gran amigo de Marlene fueron:

—Mi próxima hará de Marlene una cosa fantásticamente consagratoria que se recordará toda la vida. —

FILMS
SELECTOS



Retrato al carbón de Ronald Colman, hecho por el dibujante P. M. Bell.



Wallace Beery, el astro de la M.-C.-M., aparece aquí con su nuevo octoplano para seis pasajeros y capaz de desarrollar una velocidad de 170 millas por hora. Beery es poseedor de una licencia oficial de piloto.

Joan Crawford tendrá por galán joven, en su próxima película, al actor que colaboró con ella en uno de sus más grandes éxitos románticos en el cine silencioso.

Nils Asther, el brillante actor sueco, será el intérprete del papel del héroe en «Letty Lyton», producción de Joan Crawford, que está ya en preparación en los estudios de la «Metro Goldwyn Mayer».

Faltos de tiempo y espacio no podemos dedicar en este número el loable comentario que merece, por su éxito y fines, la fiesta del

DÍA DEL CINEMA

En el próximo número tendremos una gran satisfacción en publicarlo.

Cuando regresaba a su casa después de filmar en los estudios de la «Radio», el automóvil de John Barrymore fué estrellado por otro coche que logró huir. El actor resultó con lesiones en la cara que obligaron a suspender la filmación de la película en que estaba trabajando, hasta tanto el famoso «perfil» recobra su pureza.

El conocido cineasta D. M. de Miguel, ha sido nombrado representante para Europa de los editores libres de películas de los Estados Unidos. Próximamente saldrá para aquel país acompañado del concesionario que ha designado para que se encargue de la distribución en España del material de los mencionados editores.

El viaje del señor de Miguel tiene por objeto el organizar el servicio de importación de películas mediante una cuidadosa selección de las mismas que él desea realizar personalmente, teniendo en cuenta las características y los gustos del público en cada uno de los países en los cuales el material de los fabricantes libres ha de ser exhibido.

Por lo que afecta concretamente al público español, quiere el señor de Miguel que éste tenga ocasión de conocer y admirar producciones que no habían podido aun ser introducidas en el mercado cinematográfico de España.

Mientras Edna Purviance seguía en el hospital gravísima, falleció en su casa, de un ataque al corazón, el padre de la actriz, Michael Purviance, de ochenta y cuatro años de edad. La ex estrella, que sigue delicada, ignora aún la triste noticia, pues los médicos se han opuesto a que se le comunique.

Filosofía de Marie Dressler:

«No se comienza a vivir sino a los cincuenta años. La gente es tan tonta que se agita y se sofoca y se hace una

montaña de cosas sin importancia, esperando demasiado de la vida. Cuando uno llega a los cincuenta, empieza a comprender la inutilidad de todo esto. Cuando nada se espera, nada nos decepciona.»

John Mac Brown debe su carrera artística a George Fawcett. Este lo vio jugar en Pasadena en el juego de fútbol de Año Nuevo y quedó maravillado de él al hacer Mac Brown una carrera de noventa yardas. Al poco tiempo lo vio jugar en Birmingham, pero al conocerlo y pedirle entrara en el cine, éste, que sólo tenía su vista fija en el fútbol, le contestó que no. Así los meses pasaron, hasta que en 1927 lo volvió a encontrar, pero no ya como jugador, sino como «coach auxiliar» del equipo de la misma Universidad donde había brillado y habíase convertido en estrella.

Al hablarle esta vez lo convenció, y entonces John Mac Brown entró en el cinematógrafo para ser uno de los artistas jóvenes de más porvenir en el lienzo.



Bajo la tutela de Rachel Smith, de la Junta de Educación de los Angeles, el pequeño Robert Congan recibe su primera clase de gramática y aritmética en el estudio, después de tomar parte en el rodaje de alguna escena de la película «La novia del arroyo» de la Paramount, en la que aparece con los enlutados artistas Richard Arlen y Jack Chackie.



En el fondo del mar

sería imposible la permanencia del buzo si le faltase la provisión de oxígeno que lleva á prevención.

Así, en la vida, es también imposible la existencia cuando á un organismo depauperado no se le dota de energías que eviten los rápidos estragos producidos por la anemia, la desnutrición, la clorosis, el histerismo en las mujeres, la neurastenia y el agotamiento en los hombres...

Esa provisión de energías, de salud y de vitalidad va encerrada en cada frasco del poderoso tónico y reconstituyente **Jarabe de**

HIPOFOSFITOS SALUD

En cuantos casos he empleado el Jarabe Hipofosfitos Salud he obtenido los mejores y más rápidos resultados.—E. Roca Sánchez, Doctor en Medicina y Cirugía. Calle Ríos Rosas, 25, pral.—Madrid.

Inyecta vida y devuelve el buen humor á los melancólicos.

De uso en todo tiempo.

Aprobado por la Academia de Medicina.

No se vende a granel.

Dos ex campeones de boxeo y un campeón: tres «astros» fugaces del cinema

(Continuación de la página 19)

No obstante haberse asegurado que Dempsey lo hacía todo por volver al «ring», Estelle Taylor pudo averiguar que aquello no era cierto, por cuanto se trataba de una aventura amorosa de su marido. Dempsey se había enamorado de una linda señorita llamada María de Jesús Olgua, con quien pasó algunos ratos en alegre compañía. Dicha mujer era una de las artistas que componían la trupe de Niñas Toreras, procedentes de Méjico, que habían actuado en Los Angeles por espacio de breve tiempo. Pero a pesar de todo, Dempsey se salió con la suya y Estelle Taylor tuvo que aceptar el divorcio. Aunque de la mujer que le arrebatara su amor no ha vuelto a saberse nada, si se sabe que la que fué esposa del célebre ex boxeador volvió a la vida activa del cinema. Su ex marido también parece haberse decidido por la suya antigua, por cuanto acaba de confesar que su aspiración más ferviente es volver a recuperar el título perdido.

Respecto a Max Schmeling, campeón mundial de todas las categorías, poco puede anotarse en su haber de pelicularo. Su vida «pantalesca» ha sido corta, aunque no mala. Ha hecho sólo una película y ya le basta para figurar como artista en los anales del séptimo arte.

Max Schmeling se asomó al mundo del cine porque hacía

falta. Lo necesitaba una empresa productora de películas, que tenía el propósito de editar una titulada «Amor en el ring». Como la película iba a ser editada en Alemania y el papel de protagonista había de encarnarlo un boxeador, a nadie mejor que a él, alemán auténtico y figura prestigiosa del boxeo, podría encomendarse. La estrella rusa Olga Tchechowa fué su «partenaire» y al lado de ella realizó un trabajo que si no excepcional, puede muy bien calificarse de excelente. Max Schmeling, contra lo que en principio creyeron sus directores, resultó al final de haber sido rodada la cinta, un buen actor cinematográfico. Así es que no sólo triunfó en ella por sus condiciones de atleta, sino también por su talento natural de hombre.

El campeón alemán, de fracasar en el boxeo, puede muy bien hacer carrera en el cinematógrafo. Por lo menos apunta más condiciones que apuntó Dempsey, y una vez acostumbrado al «set», podría alcanzar tanta popularidad como cualquiera de nuestros artistas. Pero su «estrellato» ha sido efímero. Esa su primera salida al campo de la cinematografía le ha proporcionado unos miles de pesetas sin haber expuesto su físico gran cosa. Además ha vivido el encanto de la falsa realidad del cinema, experimentando el placer de ver reflejada su imagen en la pantalla. Claro que un poco desfigurada, desencajada más bien; pero conservando siempre algo de lo que es privativo en la vida real de este moderno intelectual del músculo.

MANUEL P. DE SOMACARRERA

También las estrellas de Hollywood son sentimentales

Escondidos en viejos baúles que reposan en buen número de desvanes de las mansiones de Hollywood están los recuerdos sentimentales de las estrellas del cinema.

Algunos guardan fiel memoria de los días de la infancia, de la fiesta de la primera comunión, del primer amor que hizo latir con fuerza dos corazones y de las vicisitudes experimentadas en el comienzo de sus carreras.

El recuerdo más preciado de Richard Arlen es una modesta medalla de bronce que ganó

en un concurso de natación cuando cursaba sus estudios en el Instituto de St. Paul.

La reliquia más atesorada de George Bancroft es una fotografía en la que él está retratado en medio de sus padres, y vestido con el llamante uniforme de mensajero telegrafista.

Tullulah Bankhead guarda el vestido que llevaba el día de graduarse del pensionado.

Nancy Carroll ha puesto a buen recaudo el primer bolso que compró con el dinero ganado con su trabajo a pesar de que el bolso está ruinoso y cayéndose en pedruzcos.

El felleño de Maurice Chevallier es un anillo que le regaló su esposa antes de casarse.

Claudette Colbert tiene un pequeño brazo-

lete que le dió su primer novio, cuando ella contaba apenas catorce años y el galán no había cumplido quince.

Gary Cooper conserva religiosamente las riendas que usó al aprender a montar a caballo.

Marlene Dietrich presta extraña adoración al violín que le compró su padre para que tomase lecciones y más tarde lo usara en conciertos.

El primer recorte de periódico comentando su valor artístico en un pequeño papel que representó en el Teatro Guild es la prenda atesorada por Sylvia Sydney.

Miriam Hopkins guardó el fragmento del billete de tren que compró para ir a Nueva York en su gran aventura.



mf 201

Dos escenas de
la película Exclu-
sivas Almira
EL HALCÓN



de la que son
protagonistas
Bebé Daniels y
Ricardo Cortez.

EN HOLLYWOOD

no es ningún secreto que multitud de artistas de la pantalla usan los Productos Insuperables de Belleza del Dr. Fleming de New York, por los excelentes resultados que con los mismos han obtenido.

La edición española del interesante librito explicativo de las propiedades de los Productos Dr. Fleming, titulado **La Clave de la Belleza**, atestigua el parecer de las grandes estrellas Jeanette Mac Donald, Clara B. w. Nancy Carroll, etc., respecto la bondad de estos Productos.

El Instituto de Belleza de Dr. Fleming en Barcelona, Cortes 684, manda este interesante librito gratuito y certificado a quien lo solicita mediante envío de pesetas 0'30 para gastos de correo.

SUS PIERNAS SE
CONSERVARAN ELEGANTES
Y AGILES

SI CURA - O EVITA
LOS EFECTOS DE
LA FATIGA CON

LA MEDIA REDUCTORA

INVISIBLE
LAVABLE

Academic
MALLAS
EXTENSIBLES
SIN GOMA

Moldea la pierna - Afina el tobillo

SUPRIME... EVITA
LAS VARICES

SE VENDE EN LAS BUENAS
CASAS DE ORTOPEDIA

Pida folleto explicativo gratis al Agente:
A. Bloch - Rbla. Cataluña, 11 - Barcelona

TINTURA MARTHAND
DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación,
dejando el pelo con el
más hermoso negro natu-
ral. No contiene sales de
plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . . . 4 ptas.
Caja grande . . . 6 "

DE VENTA EN PERFUMERIAS
Y DROGUERIAS

CINEMA CULTURAL

NUBES INVISIBLES

por BERTA VON PRITZELWITZ

Maravillosos son en verdad los fenómenos que la ciencia y la maestría del doctor Martha Wink desarrollan ante nuestros ojos. Pasan por la pantalla como problemas que han sido resueltos pagando, problemas, sin embargo, bien complicados y que exigen toda clase de estudios. Esta vez es la Física la que atrae nuestro interés. ¿A quién no le llamaría la atención observar cómo se hace visible el aire caliente? Tanto fenómenos cotidianos, que no advertimos nunca, se nos muestran aquí bajo una nueva luz. Sin pensar nunca en ello encontramos típicamente numerosas erillas, sin advertir, al saber siquiera, la inquietud que con ello se produce en las capas de aire que rodean la tenue lamina. De ahora en adelante, después de haber visto este documental de la UFA, pensaremos en ello. Como unas poderosas nubes se eleva el aire calentado por encima de la llama del fósforo o de la vela, por ser más ligero que el aire frío. Antes de haber visto este film, no tendríamos de ello ni la menor idea.

En el Instituto para Física Técnica de la Escuela Técnica Superior de Berlín, se ha instalado un aparato para hacer visible el aire. Este aparato para estudiar el calor permite ver las capas de aire caliente que se mueven alrededor de una bombilla encendida. Se queda uno sorprendido al pensar en los miles de bombillas que ve uno encendidas por la noche, sin sospechar siquiera los fenómenos que a su alrededor se producen, y que nos revela ahora este film. Cuando nos setan el pelo con un 'fén', no sabemos el verdadero huracán que se desencadena en las capas de aire frío que rodean nuestra cabeza.

Aparte el fuego y la electricidad, también el calor de nuestra propia sangre produce desasosiego en el aire frío. ¡Nunca habíamos pensado en ello! Lo último que en más de una importante ocasión, no tengamos a mano un indiscreto aparato de esos que se dedican a estudiar el calor! Más de un ferviente juramento sería modado con exactitud, demostrándose que muchos caríños y amistades jurados solemnemente, eran más fríos que témpanos de hielo... Este maravilloso aparato puede revelar también los estados de excitabilidad de los animales du-

rante la dorma o en períodos de enfermedad. Un pequeño ratón muestra su sangre caliente en una fotografía. La verdadera frialdad de una rana, que reside en su sangre, puede verse en la fotografía de un sapo, en la que sólo se ve el ácido carbónico del aire respirado.

Un fenómeno verdaderamente interesante podemos observar con este aparato, y es la salida de ácido carbónico y de gas conjuntamente, visto al 'calentarlo'. Y entonces comprendemos que es una mordida elemental de hidrógeno el ponernos algo delante de la boca cuando tosemos. Si se enciende a poca distancia de la boca del que tose un pedazo de papel, veremos que detrás de éste el aire permanece absolutamente quieto, mientras que por el lado de acá el aire y las bacterias se entregan al más desenfrenado de los bailes.

También la duena de casa recibe una lección para saber guisar con economía. Pues en la pantalla se ve claramente que si se coloca un pequeño puchero encima de un fuego grande, lo único que se consigue es calentar el aire que le rodea, sin beneficio alguno para el puchero. Esto es, representa tirar el dinero por el balcón cuando la superficie caliente es mayor que el objeto que se quiere calentar. Después de las duenas de casa, vienen los técnicos del calor. De nuevo se comienza que la teoría y la práctica se dan de bofetadas muchas veces. Tal vez resulte muy bonito colocar freído a la ventana un calentador cualquiera. Pero la práctica no está conforme con ello, pues veremos que el aire caliente se eleva hasta el techo y por allí toma el camino de la ventana y se marcha finalmente a la calle. Con lo cual la habitación ni se calienta ni se airea suficientemente. Hay que colocar, pues, los radiadores o estufas debajo de la ventana. Así nos lo muestra el film.

Todavía otra novedad para el profano. Para enfriar bebidas, no basta con colocarlas en hielo, sino que hay que poner un plato con hielo encima de la abertura. Preciosa es la fotografía que nos muestra el aire frío, más pesado, descendiendo y envolviendo el recipiente que queremos enfriar.

Y ahora un encantador final. Por unos momentos es la magia de las fiestas de Navidad. Las velas ardiendo suavemente, se rodean de aire caliente, que al elevarse hace sonar las finas campanitas de plata que cuelgan de las ramitas superiores del pino de Noél. Dan ganas de permanecer largo rato sumidos en este encanto, pero el telón cae, la sala se ilumina y se esfuma la dulce ilusión.

LILYAN TASHMAN ENCUENTRA UN POCO CARO MANTENERSE EN SU TÍTULO DE «LA MUJER MEJOR VESTIDA DEL CINEMA».

Lilyan Tashman es la poseedora de un título que no se consigue fácilmente y que resulta todavía más difícil retener. Es aceptado por todos que el escultural artista de la Paramount es la más elegante mujer del cine.

Para poder conservar su renombre, Lilyan se ve obligada a ir a París dos veces al año y regresar sin tardanza a Hollywood con sus bellas llenas de bellas prendas femeninas.

Su último viaje a Europa lo motivó la necesidad de escoger modelos apropiados para usar en su recién película Paramount, *El Sexo Sabio*, en la que comparte los honores estelares con Claudette Colbert, William Boyd y Melvyn Douglas.

Cuando llegó a los estudios neoyorquinos de la Paramount su nuevo ajuste consistió en más de dos docenas de fantásticas creaciones, como sombreros, zapatos, joyas y bolsos adecuados al estilo de aquellas. Estas vestidas, según Carolyn Putman, la diseñadora de modas de Paramount, están por lo menos seis meses avanzadas a los modelos actualmente en boga.

Los nuevos sombreros de Lilyan Tashman exigen cambios radicales en su peinado. Al ser de tamaño minúsculo, bajos de copa, redados a un lado y cayendo equitativamente encima de un ojo, la obliga a peinarse el pelo para atrás, bien alisado, en lugar de dejar caer el pelo en rixas por la frente y mejillas.

A pesar de su seductiva figura y de las deliciosas líneas de sus facciones, los vestidos que acostumbra escoger Lilyan Tashman son sin excepción de gran sencillez.

Una de las creaciones que compró en París y la que usará en su nueva película consiste en una falda y blusa de lunas entrelazada color gris y blanco, con una chaqueta corta del mismo color y material. Un chal de coral y verde y un cinturón que hace juego con esa combinación, un sombrero de felpa color canela claro y guantes de guma de del mismo color, completan el conjunto.

«Lilyan Tashman» — recordó miss Putman al examinar las galas escogidas por la bella actriz — es el auténtico prototipo de la mujer elegante de 1932.

— Entonces me atreveré a hablar, puesto que ya sabe que he venido para rogar a usted que sea mi esposa. Pero antes de que me dé su respuesta definitiva, debo decir a usted algo... Mi honor me obliga a ser absolutamente franco, y tiene usted derecho a saber los móviles que me impulsan a solicitar su mano. ¿Puedo hablar sin ambages?

— Se lo ruego a usted — contestó ella con voz sin inflexiones.

Inclinándose ligeramente hacia ella siguió el conde:

— Anoche me preguntó usted cómo era posible que, siendo conde de Taxemburg, fuese, al mismo tiempo el naturalista Friesen, y esto me fuerza a decir a usted que hasta hace poco tiempo he sido Gunter Friesen a secas, sin ningún derecho a llevar el nombre ni el título de Taxemburg. —

Ella levantó la cabeza preguntando vivamente:

— ¿No es usted conde de Taxemburg?

Con sonrisa algo escéptica contestó él:

— Tranquílese usted, señorita; tengo el indisputable derecho a llevar ese título. Pero no lo tenía al nacer... Soy lo que en el mundo se llama un hijo natural... un bastardo.

— ¿Quiere eso decir que no fué el conde de Taxemburg su padre? — preguntó ella con el mismo interés.

Gunter dió falsa interpretación a éste, atribuyéndolo al temor de perder el conyugal.

— De nuevo ruego a usted que se tranquilice; el conde Humberto de Taxemburg fué mi padre, pero... mi padre natural; lo que equivale a decir que no estaba casado con mi madre, y sólo me ha reconocido pocos meses antes de su muerte, devolviéndome todos los derechos de que me privaba mi legítimo nacimiento. —

El primer impulso de Dagmar fué dirigirle algunas palabras de consuelo que disiparan la amargura que veía en su frente. Pero recobrándose a tiempo, limitóse a preguntar:

— ¿Conoce mi padre esa circunstancia? —

Haciendo una señal afirmativa, contestó él:

— Naturalmente... su señor padre está enterado de todo. ¿Me da usted licencia para que le refiera a grandes rasgos mi vida?

— Le oiré con sumo interés — asintió ella.

Tras de unos momentos de reflexión, empezó Gunter su relato:

— Mi madre era una pobre huérfana sin apoyo ni recursos, que se dedicó al teatro para crearse un porvenir. Sin gran talento, pero con mucha hermosura, ésta le atrajo la desgracia. Conoció a mi padre, que era por entonces un brillante oficial que vivía con esplendidez. La herencia paterna, que no fué muy cuantiosa, desapareció pronto, y puede decirse que desde un principio vivió de deudas. Mi madre le gustó, y como era una muchacha honrada que le opuso resistencia, prometió casarse con ella en cuanto obtuviera la licencia de sus parientes. Ella... confió en su palabra, y vine yo al mundo antes de que mi padre la cumpliera... Como suele acontecer en tales casos, el capricho del oficial se fué disipando, y bajo el pretexto de que su aristocrática familia no toleraba que entrase en ella una cómica, poco después de mi nacimiento abandonó a mi madre, a la que pronto encontró sucesora entre las artistas de la misma compañía... Perdóneme que describa miserias a las que sus ojos no están acostumbrados.

— Siga usted... no necesita disculparse — dijo ella.

— Historias así... pasan todos los días... Son muchas las infelices que pagan una ligereza con su vida... Esto le sucedió a mi madre, y cuando el seductor se halló ante el cadáver de su víctima, remordióle la conciencia y cumpliendo la última voluntad de la muerta se hizo cargo de mi educación. Primero me llevó a casa de un honrado matrimonio, con el que permanecí hasta cumplir doce años. Me trataron con excesiva

digaba sus asiduidades a la señorita Steffen, se la llevó al invernadero. El pintor Hanke expresaba a un reducido grupo de oyentes las dificultades técnicas de un cuadro, y los demás invitados se reunieron en torno del anfitrión, o de la batonessa.

Esta última hizo tan hábiles maniobras, que dejó solos a Dagmar y al conde en el saloncito, sobre cuyo velador dejó aquella el libro de Friesen.

La bella heredera sentíase en una butaquita haciendo señas a Gunter de que imitara su ejemplo, indicación que él se apresuró a obedecer.

Por la puerta abierta parecían ver y ser vistos por los demás concurrentes a la fiesta, y, sin embargo, estaban solos. Esforzándose por dar firmeza a su voz, dijo Dagmar:

— Ayer me dijo usted que era botánico; yo me intereso mucho por esa ciencia y hace poco he comprado una obra en extremo interesante. El verlo aquí me lo ha hecho recordar. ¿La conoce usted?

El conde, que había conocido el libro desde que entró en el aposento, tras de unos momentos de vacilación, dijo sonriendo, al tomar el libro:

— Ciertamente, señorita, conozco este libro muy a fondo.

— ¿Ah!... ¿Lo ha leído usted ya?

— No sólo leído... sino escrito.

— ¿Usted?... No comprendo... El autor se llama doctor Gunter Friesen.

— En efecto, señorita, pero es doctor Gunter Friesen y yo, somos la misma persona. —

Mirándole con la fijeza de quien desea penetrar un secreto, preguntó Dagmar:

— ¿Se trata, pues, de un pseudónimo literario?

— No... no es eso — repuso él, haciendo ademanes negativos—. Me mira usted muy sorprendida, señorita, pero no es este el momento para explicaciones de esta índole... Si me concede usted mañana una entrevista, prometo satisfacer su curiosidad... Aun sin este motivo, yo deseaba hablar a usted. ¿Puedo

rogarle que me señale la hora en que podrá recibirme sin molestia? Pediré a su señor padre que me dé licencia para hablarle a solas. —

Dagmar habíase puesto muy pálida, pero su orgullo la ayudó a conservar la impassibilidad.

— Estaré en casa mañana por la tarde, desde las cuatro, y su visita me será muy grata — fué su respuesta.

Inclinóse Gunter, diciendo:

— Mis más expresivas gracias por su amabilidad, señorita. —

Pero en su interior pensaba: «Ya sabe de lo que se trata y, sin embargo, permanece impassible ante el momento de decidir su vida... Lo dicho: una criatura superficial; una hermosa muñeca sin alma.»

Al dejar suavemente el libro sobre la mesita, observó Gunter:

— Permitame usted manifestar mi sorpresa de que haya usted leído una obra tan seriamente científica como la mía.

— ¿Qué es lo que le sorprende? — preguntó ella con calma.

— El que una muchacha de la edad y posición de usted encuentre interés en esa lectura. A no ser porque bajo el nombre del autor usted no podía averiguar mi personalidad, hubiera creído que el dejarlo sobre este velador era una halagadora cortesía... Dígame usted la verdad. ¿Es cierto que ha leído algunas de sus páginas? —

Un leve rosado tiñó las mejillas de Dagmar al responder:

— He leído más de la mitad del libro. Puesto que usted debe de saber de memoria su contenido, pregunteme lo que guste y quedará convencido de mi sinceridad. —

Con un ademán de protesta, dijo el conde:

— Me basta su palabra, señorita; pero repito que no entiendo cómo tal lectura pueda entretener a usted.

— Pues yo la encuentro interesantísima... ¿Ha estado usted mucho tiempo en los trópicos?

— La primera vez un año y la segunda dos cumplidos. En este tomo sólo doy cuenta de las im-

presiones de mi primer viaje... Al presente ya hace meses que escribo en la continuación... Mas acabaré por abarritar a usted extendiéndome tanto sobre un tema tan árido. —

Con un ademán negativo, afirmó ella:

— Para mí no es árido... ni me abarritará nunca.

— ¿De veras?... ¿No es esa una vana frase de cortesía?

— No...; es la expresión de mi pensamiento. —

El la miró en silencio; empezaba a darle en qué pensar su futura prometida. No debía de ser tan superficial, cuando hallaba placer en la austera lectura de una obra científica. Aunque de corazón frío, poseía, sin duda, una más que mediana inteligencia para solazarse con tales libros.

Hablaron del contenido del sayo, y pudo convencerse de que Dagmar había leído su obra con atención comprensiva. Mas el principio del concierto interrumpió el diálogo, y ambos pasaron a la otra sala, en la que el afamado cantante dejó oír unas cuantas melodías de Schubert, que premió el auditorio con calurosos aplausos. Cuando terminaron, el general Plessen acercóse a Dagmar, dirigiéndole un chaparrón de cumplidos con paternal humorismo, a los que respondió Dagmar con sonriente gracejo. La risa dulcificaba mucho sus bellas facciones.

Las miradas de Gunter expresaron sincera admiración al fijarse en la esbelta y juvenil figura que se sentaba en una butaca, y cuyo porte estaba lleno de graciosa naturalidad.

Parecía una princesita que da audiencia a los dignatarios de su

corte... ¡Oh!... Sería una castellana ideal para el viejo Taxemburg, y mucho más cuando estuviera restaurado y flamante, como se proponía dejarlo su futuro suegro. —

Una sonrisa de amarga ironía contrajo los labios del conde, que se dijo:

— Y yo... yo... para que la fental morada recobre su pasado esplendor, debo venderme a esa glacial belleza. Es una verdadera ironía del Destino, Gunter Friesen... El desvalido bastardo es el escogido por la suerte para restaurar el antiguo condado. ¡Qué mundo éste!... Pero sea como quiera, he jurado cumplir la voluntad de mi padre ante su lecho de muerte, y puesto que me he de casar con una u otra, más vale que sea con esa estatua de hielo. Una mujer de corazón amante y generoso tendría que sufrir demasiado con mi desamor. —

Tales eran los pensamientos del conde Gunter, en tanto que Dagmar discretaba con el general.

Durante el curso de la noche, varias veces tuvo ocasión de cambiar algunas palabras con Dagmar. Esta se guardó muy bien de despojarle ante él de su máscara de fría calma, aunque su corazón aceleraba sus palpitaciones cada vez que le sentía acercarse.

Cuando acababa la fiesta, Gunter se despidió entre el último grupo de invitados; al inclinarse ante la hija de la casa, murmuró:

— Su señor padre ha tenido la bondad de autorizarme para que hable con usted mañana por la tarde, señorita.

— Está bien... Puede usted venir a las cuatro — contestó ella.

CAPÍTULO VII

Si el conde de Taxemburg hubiera podido observar a la que pretendía, a la tarde siguiente, antes de su llegada, habría rectificado su juicio respecto a la frialdad de su temperamento. Con nerviosa actitud iba de una habitación a otra, con las mejillas entrojadas por la fiebre.

Su padre, en breves palabras, había enterado a la baronesa de que la entrevista a solas de su hija con el conde entraba en sus planes y era su voluntad que nadie los estorbara, y en consecuencia la experta dama se retiró a sus habitaciones, aun antes de la llegada del aspirante a novio.

Ruthart se quedó en casa, esperando en su despacho el resultado de la entrevista. De modo que Dagmar estaba sola y conteniendo a duras penas su inquietud e impaciencia.

Sabía que aquella misma tarde el conde de Taxemburg pediría su mano, y que era preciso se decidiera a decir que sí o que no. A pesar de las precisas órdenes de su padre, aun no habían cesado sus vacilaciones.

Por un lado halagaba los deseos de su propio corazón la idea de tener junto a sí al hombre secretamente amado, y por el otro tenía no tener fuerzas bastantes para poder conservar ante él la calma.

Con vivos colores pintábase en la imaginación los tormentos que le esperaban, al vivir a su lado como esposa nada más que tolerada. Sólo su orgullo podría darle ánimos para salir airosa de tan terribles pruebas.

Así oscilaban de continuo sus sentimientos y tan pronto decidíase a decir que sí, como tomaba la resolución de contestar con una rotunda negativa.

Al mismo tiempo preguntábase

cómo era posible que el conde de Taxemburg fuese el mismo que el doctor Friesen.

Todo esto la tenía en un estado de intranquilidad indescriptible.

Pero en el momento en que el criado anunció al conde de Taxemburg, una extraña calma se apoderó de ella. La pasividad de la falta de medios para oponerse al Destino, contando con su orgullo y su amor propio herido, como únicas armas de defensa.

Estaba de pie en su saloncito, cuando entró el conde, que, inclinándose, dijo:

— Doy a usted las más expresivas gracias, señorita, por haberse dignado recibirme. ¿Abusaré de su condescendencia si le pido que me escuche unos momentos? —

Dagmar señaló un silloncito, dejándose caer en otro situado enfrente. Llevaba un precioso vestido de crepón azul oscuro, admirablemente hecho, y que hacía resaltar la fresca albura de la tez y la perfección de las suaves formas. Estaba encantadora.

En su blanca mano brillaba el espléndido zafiro; parecía que aquel día, más que nunca, necesitaba la benéfica influencia del talismán.

Al conde le pareció muy interesante en su palidez, pero le dejó frío la banal amabilidad con que le preguntó:

— ¿Qué tenía usted que decirme, conde? —

Después de lanzarle una larga mirada que ella sostuvo sin pestañear, tomó aliento y dijo:

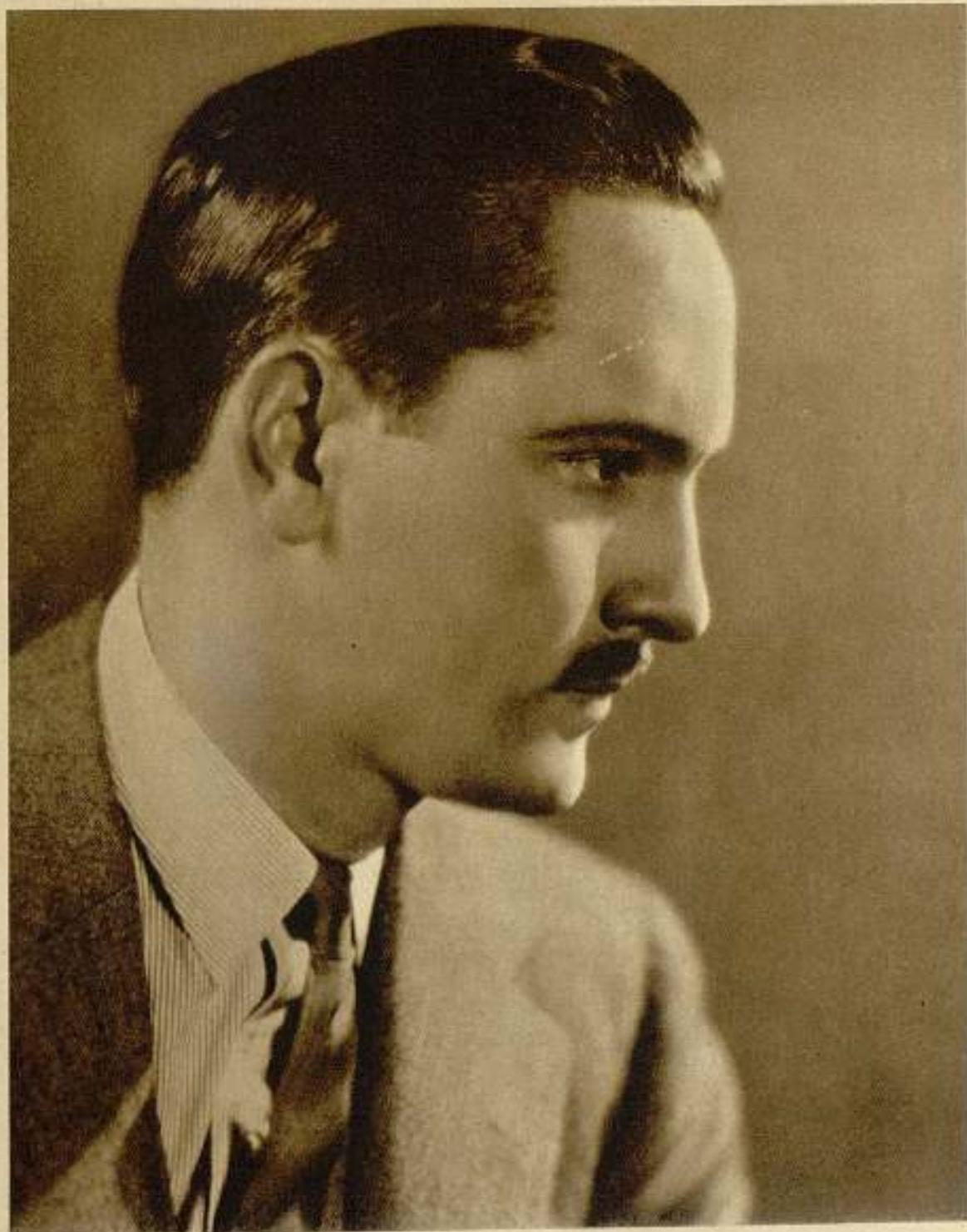
— Señorita, su señor padre me ha dicho que no es desconocido para usted el motivo que me trae a esta casa. ¿He comprendido mal acaso?

— No, conde, no se equivoca usted — contestó ella como un autómata.

Sintiendo cada vez más helado el corazón, prosiguió Gunter:

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca



FREDRIC MARCH



FIFI DORSAY